

Estudios sobre el **Mensaje Periodístico**

ISSN-e: 1988-2696

<https://dx.doi.org/10.5209/esmp.85762> EDICIONES
COMPLUTENSESvetlana Aleksievich, el periodismo literario al rescate de la Historia. El testimonio de las almas rusas en los tiempos soviéticos¹José Luis Dader²

Recibido: 24 de noviembre de 2022 / Aceptado: 26 de enero de 2023

Resumen. En un recorrido por la obra de la Premio Nobel de Literatura Svetlana Aleksievich se deja constancia de su extraordinaria aportación al conocimiento de las mentalidades y comportamiento de las gentes corrientes bajo el dominio del imperio soviético, mediante una modélica e inusual fusión de periodismo en profundidad, literatura de no-ficción y recuperación de la memoria histórica de miles de víctimas y verdugos de una época decisiva del pasado cercano de Eurasia. Se compara su práctica periodístico-literaria con la del llamado “Nuevo Periodismo” occidental y se destacan los valores periodísticos de su trabajo, en el momento de ser nombrada Doctora Honoris Causa por la Universidad Complutense.

Palabras clave: Svetlana Aleksievich; periodismo en profundidad; periodismo literario; memoria histórica; comunismo; Unión Soviética.

[En] Svetlana Aleksievich, the Literary Journalism in Search of History. Disclosures of Russian souls in Soviet times.

Abstract. In an overview of the work of the Nobel Prize for Literature Svetlana Alexievich, her extraordinary contribution to the knowledge of the mentalities and behavior of ordinary people under the rule of the Soviet empire is recorded, through an exemplary and unusual fusion of in-depth journalism, non-fiction literature and recovery of the historical memory of thousands of victims and perpetrators in a decisive period in the near past of Eurasia. Her journalistic-literary practice is compared with that of the so-called Western “New Journalism”, and the journalistic values of her work are highlighted, at the time of being named Doctor Honoris Causa by the Complutense University.

Keywords: Svetlana Aleksievich; In-Depth Journalism; Literary Journalism; Collective Memory; Communism; Soviet Union.

Sumario. 1. La fusión de periodismo, literatura e indagación histórica en la obra de Svetlana Aleksievich. 2. El periodista como hitor o testigo. 3. Relato de no-ficción diferente del “New Journalism”. 4. La guerra no tiene rostro de mujer. 5. Los muchachos de zinc: voces soviéticas de la guerra de Afganistán. 6. Voces de Chernóbil. 7. El fin del Homo Sovieticus. 8. Indicios del presente en los testimonios del pasado cercano. 9. Referencias bibliográficas.

Cómo citar: Dader, J. L. (2023). Svetlana Aleksievich, el periodismo literario al rescate de la Historia. El testimonio de las almas rusas en los tiempos soviéticos. *Estudios sobre el Mensaje Periodístico*, 29 (1), 79-89. <https://dx.doi.org/10.5209/esmp.85762>

1. La fusión de periodismo, literatura e indagación histórica en la obra de Svetlana Aleksievich

Una singular combinación de periodismo, literatura e indagación histórica convierte a Svetlana Aleksievich en uno de los relatores más fidedignos, elocuentes y valientes de casi ochenta años de transcurros vitales bajo el imperio soviético. Ella ha practicado y construido una arqueología de las motivaciones, los anhelos truncados, los testimonios de entrega y sacrificio, las razones personales, los recuerdos felices más íntimos, la gloria y el dolor, la clarividencia y el aturdimiento de miles de seres humanos, que al escu-

charlos reunidos no sólo ayudan a tomar conciencia de uno de los mayores desastres causados por la ingeniería social contemporánea; sino que trascienden para darnos una imagen ya intemporal de cuanto de sublime y generoso, al mismo tiempo que de infame y estúpido, es capaz de segregar la especie humana, esa familia de primates a la vez misericordiosos y crueles.

“En la vida como en las novelas policiacas baratas pasan cosas increíbles” (Aleksievich, 2015a: 372), declara uno de los confidentes de Aleksievich. Y desde esa convicción ella ha consagrado su compromiso con la humanidad anónima y sufriente a transmitir el

¹ Este texto es una versión ampliada y referenciada de la *laudatio* a Svetlana Aleksievich, pronunciada en el acto de su investidura como Doctora Honoris Causa por la Universidad Complutense, el 20 de octubre de 2022.

² Universidad Complutense de Madrid (España)
E-mail: dader@ucm.es

testimonio de dichas realidades inauditas de un lapso de la Historia y una esquina del planeta que sin su cuidadoso desvelamiento hubieran desaparecido, para tranquilidad y regocijo de cuantos asolaron ese tiempo y ese mundo a base de barbarie, necedad y opresión de las gentes sencillas.

Reivindica en primer lugar su faceta de historiadora, pero como ella misma declara: “historiadora de las cosas que no dejan rastro”. Y esa realidad usualmente inadvertida, pero tan potente como los gases nobles, yace inerte a la espera de su licuación o revelación explosiva en las mentes de los individuos a los que nada se les pregunta. Se trata del rescate de una realidad que sobrepasa la historia de los hechos a secas. “Lo que yo escribo –declara–, es una historia de los sentimientos humanos, –“los sentimientos son también documentos”, declara así mismo en una conferencia (Aleksievich, 2018)–, lo que la gente pensó, entendió y recordó durante un acontecimiento. Lo que ella creía o recelaba, qué ilusiones, esperanzas y temores experimentó [] Compongo mi libros con miles de voces, destinos y fragmentos de nuestras vidas y personas. Entre tres y cuatro años me llevó cada uno de mis libros. Recogí y archivé mis conversaciones con entre 500 y 700 personas para cada uno de ellos. Mi crónica engloba varias generaciones. Comienza con los recuerdos de gentes que fueron testigos de la Revolución de 1917, pasando por las guerras y los ‘gulags’ estalinistas hasta llegar al tiempo actual. Se trata del recuento del alma de la Rusia soviética” (Alexievich, s.f.).

Pero su búsqueda de testimonios no se centra en los dirigentes o supuestos protagonistas principales ni en los archivos documentales de las instituciones, sino que se declara exploradora “de la gente corriente”, a la que se refiere como “los hombres o mujeres pequeños” en el momento en que hablan de sí mismos. Y como consecuencia, el género de expresión que asume es “el de la voz humana”, cuyas bases confiesa haber aprendido del bielorruso Alés Adamovich, quien entre los años cincuenta y setenta del siglo XX mezclaba pequeños pasajes de múltiples entrevistas, para formar un *collage* de voces, en lo que se llamó novela colectiva, literatura del documento, coro épico u otras denominaciones similares (Aleksievich, 2018; Rebón, 2016, Adamovich, 1980).

Fiel a esa inspiración, Aleksievich no ha hecho otra cosa que recuperar las voces de quienes ya no confiaban en ser escuchados; los murmullos íntimos de quienes se sentían condenados a callar sus traumáticas experiencias para que el resto de sus conciudadanos pudieran recuperar la ensoñación amable de las normalidades cotidianas. De quienes incluso luchaban por no recordar lo que vivieron o les volvía a asaltar en la falsa calma nocturna. Porque ellos también querían alejarse del absurdo social que otros les enseñaron a amar, y de la evidencia del verdadero infierno por el que deambularon, a veces víctimas y a veces cómplices:

Nos hicieron firmar que mantendríamos el secreto. He callado –revela uno de estos seres arrinconados–. Y si

me hubieran dejado hablar, ¿a quién se lo podría haber contado? [] ¿Quién está dispuesto a escucharme? ¿A hablar conmigo de manera que yo le pudiera contar, a mi manera? Estoy solo (Aleksievich, 2016: 132-133).

Son las voces de las guerrilleras contra las tropas alemanas, de los despojados y desnaturalizados *hominés soviéticos*, de los muchachos amortajados en zinc en el ignoto Afgan, son las voces de Chernóbil.

Historia, literatura de no-ficción o periodismo le llaman unos u otros a ese ejercicio de escritura notarial al que muchos se asoman, pero muy pocos alcanzan a colmar de manera genuina. Además de la curiosidad de partida y la “mirada afilada” –que reclamaba mi recordado colega complutense Pedro Sorela (v. 2012)–, tampoco basta, para cumplir ese propósito con la necesaria excelencia, el atrevimiento de invadir los terrenos vedados por los comisarios de lo correcto. Todo eso hace falta. Pero además, como la partera que ayuda al alumbramiento, es preciso acompañar con delicado respeto a quien violenta su propia intimidad hasta que surge un testimonio original y genuino que se diferencia de los cientos o miles de explicaciones tópicas o reiteradas. “A veces, un día entero de conversación produce una sola frase”, confirma Aleksievich (2018). De esta manera nuestra autora llega a entregarnos fragmentos de vida que no sólo son revulsivos para cualquier coleccionista de asombros, sino que contribuyen a reconstruir una densa y compleja verdad apenas esquemática y sumaria en los relatos oficiales y en las síntesis académicas. Surgen así los testimonios más inauditos y hasta escalofriantes. Pero también nos advierte:

Es tan fácil deslizarse a la [...] banalidad del horror [] Podía haber escrito una obra más como las que luego aparecieron una tras otra: qué sucedió en [] quién tiene la culpa, cómo se ocultó [] al mundo ” (Aleksievich, 2016: 43-44). Ella en cambio, no sólo tiene el propósito de contar lo que cataloga de “historia omitida” (Aleksievich, 2016: 44), sino de “captar la vida cotidiana del alma (Aleksievich, 2016: 44).

Y esto, que declara expresamente en el prólogo de uno de sus libros, es en realidad lo que nos transmite en todos ellos: qué pasó dentro de aquellas jóvenes que iban a combatir contra los nazis sin otras armas que el idealismo romántico de defender su patria; de tantos ciudadanos que sirvieron hasta el sacrificio supremo al comunismo, al que creían preludio de un humanitarismo arcádico; de los cientos de miles de militares, sanitarios, ingenieros y funcionarios que cumplieron ciegamente los sufrimientos exigidos por su sentido del deber inquebrantable y el mero reconocimiento de su honor patriótico (y que a menudo tuvieron luego que contentarse con las modestas limosnas de algunos metros más de vivienda, el pillaje miserable de los electrodomésticos o abrigos de piel de los desvalijados y un río permanente de vodka, a cambio de sus vidas física y moralmente destrozadas).

2. El periodista como *hístor* o testigo

Aleksievich teje ese tapiz de descomunal y multifacética factura desde la posición consciente y exigente del testigo interpuesto, del *ἵστωρ* (*hístor*) o “el que ha visto” o sabe de primera mano, es decir, del historiador primordial y genuino tal y como rastrea etimológicamente Jorge Lozano, de la mano de Benveniste, en su excelente estudio sobre *El discurso histórico* (1987). Palabra clásica que también se refiere al “mástil” y que en definitiva remite a *ἱστορία*: la investigación que deja testimonio del “que sabe” porque “ha visto” y relata, desde la prueba irrefutable del vigía subido a su mástil, –colocado allí–, que aquello pasó, según lo cuentan quienes lo vivieron. Y como Heródoto, que llamó *ἱστορίαι* a los testimonios y observaciones recopilados en sus viajes (Vallejo, 2020: 180 y ss.), o como nuestro contemporáneo Ryszard Kapuscinsky, que llevaba literalmente bajo el brazo el libro de Heródoto cuando recorría, para sus reportajes periodísticos, territorios marginados (Vallejo, 2020: 185), ella recupera aquel enfoque inaugural del relato histórico.

Los modos de la historia, según continuaba analizando Jorge Lozano, son diversos. Pero el que aquí concierne es el del pasado cercanísimo, en el que cabe la opción de que, si el testigo no ha podido ver con sus ojos, sí puede al menos decir que “sí ha oído” y las fuentes orales directamente escuchadas se convierten así en los retazos de realidad que nos llegan a los demás a través de su filtro narrativo. Sigue diciendo Lozano que el maestro de historiadores, Tucídides, desconfiaba de estos intermediarios que no habiendo podido realizar la autopsia por sí mismos (y perdón por el pleonasma), debían contentarse con confiar en lo que les aportaban los consultados. Heródoto –nos sigue ilustrando Lozano–, aunque también prefería la observación directa, no desdeñaba el testimonio oral, si estaba sujeto a duda, y el propio Tucídides hacía depender la credibilidad del recopilador, de su sagacidad a la hora de elegir sus testigos directos.

En cualquier caso, todos esos recelos de los padres fundadores de la historiografía perdieron atención, como apostillaba el profesor complutense de semiótica, cuando sus herederos decidieron apostar decididamente por los archivos y la Historia como investigación rigurosa pasó a centrarse en ellos. Pero como advierte uno de los entrevistados por Aleksievich en uno de sus libros: “Yo, que he trabajado en un archivo, sé muy bien que los papeles mienten más que las personas” (Aleksievich, 2015a: 230).

Sin duda, la historiografía contemporánea ha establecido un intenso debate sobre la cabida que debe darle en su ámbito científico a la Memoria Histórica y las vías para su consideración. Pero sin entrar en una discusión que no es el objeto de este texto, resulta evidente que Aleksievich recupera aquel enfoque inaugural del relato histórico y en gran medida no hace sino practicar una de las facetas que hoy consideramos definitorias del periodismo, resol-

viendo de paso la duda en realidad superflua, de si su trabajo pertenece a las artes de la Historia o del Periodismo. Que el periodismo es “historia apresurada” es algo que ha sido repetido en infinidad de ensayos e investigaciones sobre el profesionalismo periodístico. Por lo que en realidad la clasificación de Aleksievich en una u otra casilla no tendría más interés circunstancial que el tipo de formato, reportero o académico, mediático o libresco, conferido a sus recopilaciones sobre el tiempo cercano del mundo soviético. De hecho, muchos periodistas de investigación rompen los estrechos límites que les imponen sus editores de prensa, radio o televisión, mediante la publicación en libros de las historias que apenas pudieron esbozar en sus reportajes o que ni siquiera alcanzaron esa plataforma ante el gran público, por censuras o trabas varias de las organizaciones periodísticas.

Periodista de los tiempos históricos, más que de los acontecimientos aún palpitantes y de trayectoria pendiente de rumbo, ella misma se define como historiadora: “Quiero ser una historiadora que actúa imparcialmente, sin empuñar ninguna antorcha encendida” (Aleksievich, 2015a: 98). Y a diferencia de muchos periodistas contemporáneos, demasiado seguros del titular categórico con el que vender sus artículos, aclara: “Que sea el tiempo quien juzgue. El tiempo suele traer juicios ecuanímenes. Pero tiene que transcurrir el tiempo suficiente. Será un tiempo en el que nosotros ya no estaremos. Un tiempo que no conocerá nuestras preferencias” (Aleksievich, 2015a: 98).

El objetivo de su obra es de tan largo aliento, que ella misma llega a dudar de acometer esta reconstrucción de la memoria para una rentabilidad tan poco inmediata: “¿De qué sirve –se pregunta–, recordar todo aquello ahora? Sería como recoger los clavos de las cenizas que deja un incendio” (Aleksievich, 2015a: 211). Pero si la vacilación sobre la necesidad de su trabajo arqueológico pudo inquietarla, convendrá reconfortarla con el enunciado de otro principio del periodismo que pronunciara George Orwell (1945; ed. 2008) y que de manera evidente ella también practica: “Si la libertad de prensa significa algo, es el derecho a decirles a los demás lo que no quieren oír”. Idea que otro periodista, español en este caso, Arcadi Espada (2009), ha actualizado, en estos tiempos tan acomodados al infoentretenimiento, del siguiente modo: “Los periódicos son algo desagradable que uno tiene que leer”.

De esa manera, desde la apariencia de menos periodismo, o de un periodismo menos de moda, cumple la máxima reclamada por algunos de los más prestigiosos teóricos de nuestro profesionalismo, como Kovach y Rosenstiel (2001), de que el periodismo ha de ser por encima de todo una “información desinteresada”; es decir, entregada al público por su relevancia intrínseca, pero no porque beneficie o perjudique calculadamente a un grupito de correligionarios o al segmento de audiencia preconcebido por el departamento de marketing.

3. Relato de no-ficción diferente del “*New Journalism*”

El periodismo de intervención urgente acomete esa tarea sin tiempo para la acribia y sin más preocupación narrativa que una escritura clara y concisa. Pero no en balde estamos elogiando aquí a una reportera que acumula y tamiza sus entrevistas a lo largo de años y que ha recibido el Nobel de Literatura. Dicho modo alternativo de fijar hechos verificados y contarlos con altura literaria, goza de larga tradición periodística, aun cuando pueda resultar minoritario o menos cotidiano. El periodismo occidental cuenta incluso con un movimiento o corriente que le dota de reconocimiento desde que a partir de los años sesenta del siglo XX, periodistas estadounidenses dieron en llamarlo “*New Journalism*” (Johnson, 1971; Wolfe, ed. 1976; Pauly, 2014), repitiendo en realidad propósitos y técnicas que otros defensores del maridaje entre el periodismo y la literatura habían reivindicado ya en las postrimerías del siglo XIX.

El “*New Journalism*” aspira a informar de la actualidad mediante una narrativa literaria que centre la explicación de unos procesos o circunstancias de relevancia social en las historias personales experimentadas por sus protagonistas. Que enfoque su observación en las características psicológicas de los sujetos implicados; muestre, como haría un novelista, las relaciones dramáticas que afrontan dichos sujetos, y destaque por encima de todo el “calor humano”, positivo o negativo, que subyace en cualquier fenómeno o acontecimiento que haya merecido la atención del público y la descripción del periodista. Este periodismo aspira a atrapar a sus audiencias con el recuento de lo particular y concreto por encima de las abstracciones y las síntesis intelectuales. Y considera que las técnicas literarias no sólo dotarán de amenidad y belleza sus descripciones de los hechos, sino que incrementarán la implicación del público general en los asuntos del presente o del pasado inmediato más merecedores de divulgación. Tal simbiosis entre periodismo y literatura implanta el concepto de “relato de no-ficción” (“*Nonfiction Stories*” o “*Creative Nonfiction*”) y “periodismo narrativo”.

Reporteros dispuestos a recorrer los escenarios más variopintos de la vida cotidiana con minuciosa observación y elegante estilo como Gay Talese —desde sus primeros artículos y libros (1961, 1964) a una larga serie posterior—, o Jimmy Breslin (por ejemplo, 1963; cfr. Alter, 2017), comenzaron a desplegar el nuevo estilo narrativo junto con otros narradores de mayor eco internacional, como Tom Wolfe (1965 y sucesivos) y Truman Capote (1956, 1965 y otros). Y entre todos ellos expandieron por el mundo occidental un modelo de abordaje de la actualidad que verifica los detalles de un acontecimiento en el propio lugar de los hechos (en vez de entre los comunicados de las instituciones y las salas de prensa), reproduce los diálogos y las circunstancias ambientales de los protagonistas y relata el conjunto en piezas noveladas, pero de verídica materia prima, tan impactantes y explicativas como “A sangre fría” (Capote, 1965).

Estos periodistas con vocación de escritores (o escritores camuflados en las redacciones periodísticas), mostraban y muestran —con nuevos exponentes como un David Foster Wallace (cfr. por ejemplo, 2007; 2010) o la corriente reciente del “periodismo inmersivo” (Pérez Seijo, 2016; Paño *et al.*, 2017, Sánchez Laws, 2019)—, que la realidad puede ser más sorprendente que las ficciones y convertirse en soberbia trama literaria. La propia Aleksievich alude a ello en una entrevista en el diario español *El Mundo* (Lucas, 2019):

En mi trabajo, lo esencial es la realidad [] Cuando hablas con alguien que ha vivido los horrores de la guerra en toda su crudeza hay momentos surrealistas. Algunas víctimas me han hablado de lo bonita que puede ser la guerra [] La paradoja de la presencia de la belleza en el centro del mal, es algo que impacta [] Cuando vives algo así no es necesaria la ficción.

Diríase a primera vista que Aleksievich es, en efecto, una eficaz continuadora del “*New Journalism*” que tan sólo sustituye los escenarios del mundo capitalista por los del colectivismo y comunitarismo de la Europa del Este. Sin embargo, como voy a tratar de mostrar, la escritora y periodista bielorrusa llega mucho más profundamente al núcleo de la realidad, con una actitud, además, mucho más modesta, que evita de paso los peores riesgos e incluso miserias que en ocasiones lastraron y lastran al “*New Journalism*”.

Porque el afán de literatura que alienta esa corriente le hace a menudo “recrearse en la suerte”, obsesionarse por las anécdotas más curiosas y acercarse a la realidad simplemente como excusa para desplegar el ego artístico del narrador. Descuidando incluso la comprobación de los datos y hasta adulterándolos un poquito —o totalmente—, si el efecto final resulta así más impactante. Por consiguiente, el “*New Journalism*” ha desembocado en bastantes casos en la banalidad o en el fraude. Lejos de tales desviaciones, Aleksievich, asume el procedimiento básico de encontrar y seleccionar los retazos de realidad desperdigados por el suelo de la Historia de manera informe: “Apenas tengo tiempo de anotar las frases que escucho” (Aleksievich, 2015a: 45), dice. “Durante años viajé recogiendo testimonios por toda la Unión Soviética [] Yo escribo, reúno las briznas, las migas de la historia del socialismo ‘doméstico’, del socialismo ‘interior’ Estudio el modo en que consiguió habitar el espíritu de la gente” (Aleksievich, 2015a: 9-10). “No hago preguntas sobre el socialismo, sino sobre el amor, los celos, la infancia, la vejez, o sobre la música, los bailes, los peinados, sobre infinidad de detalles de una vida que ha desaparecido” (Aleksievich, 2015a: 14). “Las palabras de los desconocidos me interesan aún más. Una puede esperar cualquier cosa de un desconocido” (Aleksievich, 2015a: 307).

Pero paradójicamente para alguien que, como ya se ha dicho, ha obtenido el Nobel de Literatura, el efecto literario no es su principal objetivo. En parte de sus libros hay descripciones del ambiente, comen-

tarios personales que enmarcan o comparan unas declaraciones. Pero las recreaciones psicológicas y las metáforas pintorescas no forman parte de su acercamiento. Ella aspira simple y llanamente a asistir a los desasistidos, a recuperar sus voces maltratadas por los constructores del oficialismo o del esquematismo académico y lograr que sus breves declaraciones brillen por un instante auténtico que, una vez desempolvado y puesto en tinta, resulte ya imperecedero. Así escucha y nos transmite reflexiones cuya hondura sorprende por provenir de gentes sencillas: “¿Y quién se acordará de nosotros? Apenas quedarán dos líneas en los libros de Historia” (Aleksievich, 2015a: 80). “Quizá dentro de cincuenta años se escribirá objetivamente sobre nuestras vidas durante el socialismo [] Harán arqueología de nuestra época” (Aleksievich, 2015a: 51).

La técnica literaria de Aleksievich llega en algunos de sus libros a la desnudez más absoluta, cortada a pico: Fulano de tal aporta este testimonio, una madre que no quiso dejar su nombre me contó esto en la cocina de su casa; el soldado X, al principio reacio a hablar, acabó recordando lo siguiente. Y así, sin interludios explicativos ni interpretaciones externas de ningún tipo. Tesela tras tesela, los mosaicos avanzan por sí solos. Las frases son claras, las palabras las justas y seguramente hay detrás mucho trabajo de desbroce y esculpido. Pero la autora no se concede a sí misma, en esos momentos extremos, ni un instante de protagonismo. Y, sin embargo, la belleza literaria surge en sus escritos por la autenticidad y fuerza expresiva que desprenden

Además, el resultado de las buenas rutinas periodísticas profesionales está ahí latiendo: ¿Dónde encontrar aún mujeres combatientes de la Segunda Guerra Mundial?, ¿Qué exponentes del desmoronado ciudadano soviético reflejarán lo más representativo?, ¿Cómo ayudar a los veteranos del Afgán o las víctimas de Chernóbil a que revivan sus traumas con los que informar a la sociedad sin sucumbir simplemente al morbo? ¿Cómo garantizar que lo que cuentan no es un recuerdo falsificado? ¿Cómo se certifica la ausencia de ficción o de sesgo manipulador en todo esto? El rastro de las pruebas de esa exigente tarea previa deja sin réplica posible a los escépticos.

En consecuencia, los nuevos tapices del Apocalipsis que Aleksievich nos ha donado, cual moderna Robert Poinçon, para ejemplo perenne de historiadores, literatos y periodistas, producen una contemplación fascinante. De la que aquí sólo cabe evocar un pequeño muestrario:

4. La guerra no tiene rostro de mujer

En *La guerra no tiene rostro de mujer*, publicado en 1985, en el que deja constancia de que casi un millón de mujeres lucharon en el ejército soviético durante la Segunda Guerra Mundial y luego apenas fueron recordadas, la autora explica que, cuando se les pregunta, ellas suelen relatar aspectos de la guerra muy

diferentes de los que evocan los hombres. Reflejan mucho más que en la guerra: “No hay héroes ni hazañas increíbles, tan sólo hay seres humanos involucrados en una tarea inhumana” (Aleksievich, 2015b: 14). Y la memoria femenina sintoniza mucho mejor con el propósito que la autora declara: No escribir la historia de la guerra sino la “de los sentimientos” [...] “del ser humano en la guerra” (Aleksievich, 2015b: 19). E incluso aporta evidencias, de cuando rastrea protagonistas a las que entrevistar, de que “los hombres temían que las mujeres contaran otra guerra, una guerra distinta” (Aleksievich, 2015b: 22).

Así una combatiente confiesa: “Cuando acababa el ataque, era mejor no mirarse a las caras, las caras son distintas, no son las que suelen tener las personas. No nos podíamos ni mirar entre nosotros” (Aleksievich, 2015b: 174). Otra declara,

Al morir, la persona es como si susurrara, pero ese susurro es más horrible que cualquier grito. Todo lo que había vivido volvía. Una persona que espera su ejecución. Sus ojos se llenan de miedo. No se lo cree, hasta el último instante [] en su mirada se lee la curiosidad. Los fusiles le apuntan y en el último instante se tapa la cara con las manos (Aleksievich, 2015b: 350-351).

Una sanitaria declara:

En Stalingrado Una vez llevé a dos heridos al mismo tiempo. Cargaba con uno, le arrastraba unos metros y luego volvía a por el otro. Los alternaba porque los dos estaban muy graves [] De pronto, cuando ya me había alejado un poco de la batalla y el humo se había dispersado, descubrí que estaba arrastrando a un tanquista de los nuestros y a un alemán [] Los dos estaban quemados, negros. Iguales [] Arrastraba a nuestro herido y pensaba: ‘Vuelvo a por el alemán o no?’ Comprendía que si le dejaba, pronto moriría desangrado. Regresé a por él. Y continué arrastrando a los dos (Aleksievich, 2015b: 365).

Ser mujer en medio de la guerra plantea penalidades adicionales, como describe otro soldado:

No queríamos que dijeran de nosotras, ¡Esas mujeres! Nos esforzábamos más que los hombres, teníamos que demostrar que no éramos inferiores a ellos [] Caminábamos unas 200 muchachas seguidas de unos 200 hombres [] unos 30 kilómetros [] y dejábamos manchas rojas sobre la arena [] teníamos lo nuestro ¿cómo ocultarlo? Los soldados andando detrás fingían no notar nada [] Los pantalones se nos secaban, parecían hechos de vidrio [] nos hacían heridas allí [Pero] no nos suministraban nada. Vigilábamos, esperábamos hasta que los soldados dejaban sus camisas colgadas en los arbustos. Entonces nos llevábamos una o dos. Más tarde se daban cuenta, se reían: “Cabo, necesitamos camisas nuevas, las chicas nos las han quitado” (Aleksievich, 2015b: 236).

A algunas feministas contemporáneas quizá les incomode escuchar otro tipo de testimonios que parecen encajar en estereotipos convencionales de femi-

neidad, pero las mujeres de los años cuarenta tenían esos sentimientos y Aleksievich los recoge con el mismo respeto, aportando rasgos insólitos pero auténticos frente al retrato convencional de las hazañas bélicas:

Para mí, lo más terrible de la guerra –comenta una fusilera–, era tener que llevar calzones de hombre. Un auténtico horror [] Estás en la guerra, te estás preparando para morir por tu Patria y vas y llevas calzoncillos de hombre []. Tienes un aspecto ridículo [] Cerca del primer pueblo polaco nos entregaron los nuevos uniformes y [] ¡Por primera vez nos entregaron bragas de mujer y sostenes! Por fin veíamos la ropa interior femenina de siempre (Aleksievich, 2015b: 102).

Y una instructora sanitaria apostilla: “Estábamos locas de alegría. Nos desabrochábamos las camisas para que se viera” (Aleksievich, 2015b: 96).

Por contra, en ese mismo trabajo, la reportera llega a escribir, en una de sus pocas intervenciones personales: “No estaría mal escribir un libro sobre la guerra que produjera náuseas, que lograra que la sola idea de la guerra diera asco. Que hiciera vomitar a los generales” (Aleksievich, 2015b: 20).

Y si ya en el glosado en los párrafos anteriores hay muestras espeluznantes, probablemente nada pueda compararse con las descripciones recogidas en *Los muchachos de zinc: voces soviéticas de la guerra de Afganistán*, de 1989, sobre la intervención soviética en Afganistán. Donde la tecnología militar alcanzó cotas de despanzurramiento surrealista al tiempo que el embrutecimiento humano se expandía por la imposibilidad de justificar esa acción invasora.

5. Los muchachos de zinc: voces soviéticas de la guerra de Afganistán

Una sucesión de voces nos narra:

En la realidad el hombre no muere como en el cine [] No lo hace según el método Stanislavski: una bala alcanza el cráneo, el hombre agita las manos y se cae. En la realidad, esa bala alcanza el cráneo, los sesos vuelan, el hombre corre detrás de ellos, es capaz de correr medio kilómetro intentando atraparlos. Está más allá de los límites. Corre hasta que llega la muerte fisiológica (Aleksievich, 2017: 91).

Había visto a un hombre quedar reducido a la nada en un segundo, como si nunca hubiera existido. Y entonces enviaban a casa el uniforme de gala en un ataúd vacío. Dentro echaban tierra para que pesara lo debido (Aleksievich, 2017: 19).

Hachís. Marihuana [] ¡Te mueves volando! [] Distíngues más olores, más sonidos. En ese estado matar se hace más leve, estás anestesiado. No hay compasión. Y tampoco te asusta tu muerte, el miedo se ha ido (Aleksievich, 2017: 50).

Otras reflexionan sobre cómo podemos convertirnos en esas bestias:

¿De dónde nace el odio? Es muy fácil. Han matado a tu compañero [] habíais comido de la misma marmita. Él te había hablado de su novia, de su madre. Y de repente ves su cuerpo calcinado. Todo se hace muy claro Dispararás como un demente (Aleksievich, 2017: 68).

Y otras nos muestran que la miseria moral puede ser más degradante incluso que la violencia física: “Todo el mundo hacía negocios, los oficiales y los soldados, los valientes y los cobardes. De los comedores desaparecían cuchillos, tenedores, marmitas [] Desaparecían las bayonetas de los fusiles, los retrovisores de los coches, los recambios incluso las condecoraciones” (Aleksievich, 2017: 41). “Cómo dentro del mismo avión regresaban a casa los ataúdes de zinc sellados y maletas repletas de abrigo de piel, de tejanos, de braguitas de mujer de té chino” (Aleksievich, 2017: 87).

O esta otra:

Un soldado novato no es más que un objeto. Se le puede despertar en plena noche para zurrarle [] zumbar a golpes en un lavabo a pleno día, quitarle sus cosas, sus latas de carne [] ‘Venga pardillo, chúpame los calcetines, chúpales con ganas y que todos lo vean’ (Aleksievich, 2017: 88-89).

6. Voces de Chernóbil

Las miserias humanas y el sufrimiento de estas guerras forman parte del marco cognitivo del homo sapiens, aun cuando sus detalles concretos nos sobrecojan y debemos registrarlos para evitar una Historia tramposa y manipuladoramente idealizada. Pero la guerra de la humanidad contra la propia naturaleza mediante el estallido del átomo, es otra cosa. Chernóbil era inconcebible y sus víctimas eran incapaces de comprender qué les estaba pasando, ni cómo el tiempo del sufrimiento y el asombro no tendría ya la escala de los tiempos de la especie.

“Allí te sumergías al instante en un mundo fantástico, una realidad donde se unían el fin de mundo y la edad de piedra” (Aleksievich, 2016: 147), declara uno de sus entrevistados en “Voces de Chernóbil. Crónica del futuro”, publicado en 1997, once años después del accidente nuclear.

El físico y director en aquel momento del Instituto de Energía Nuclear de la Academia de Ciencias de Bielorrusia, le cuenta que el mismo día del accidente llamó por teléfono al Primer Secretario del Comité Central de Bielorrusia y le dijo, tras haber cotejado información directa de fuentes de la central explosionada:

El accidente es serio [] La columna radiactiva se mueve hacia Bielorrusia. Hace falta realizar inmediatamente una operación de profilaxis de yodo para la población y evacuar a todo el mundo que se encuentre cerca

de la central. Hay que sacar a toda la población y a los animales en 100 km a la redonda.

La respuesta del responsable político fue: “Ha habido un incendio, pero lo han apagado”. La realidad fue –sigue declarando el físico–, que el reactor estuvo ardiendo diez días, durante los cuales se tenía que haber ejecutado la evacuación. “Pero nadie nos escuchaba, ni a los científicos ni a los médicos. La ciencia estaba al servicio de la política. La medicina atrapada por la política” (Aleksievich, 2016: 357). El citado físico se desplaza al día siguiente a la zona y él mismo mide la radiación: “En Braguin 30.000 microrroentgen por hora, en Narovlia 28.000. Y en aquella situación las gentes del lugar estaban sembrando y arando” (Aleksievich, 2016: 358). En los días inmediatos, según el mismo físico, se había expandido desde Chernóbil el equivalente a 350 bombas nucleares como la de Hiroshima y ante sus presiones para evacuar a la población, la respuesta de las autoridades locales era:

¿Qué se proponen sus dosimetristas, corriendo por toda la ciudad, sembrando el pánico? Me he asesorado en Moscú [] La situación es normal. Se han mandado tropas, maquinaria militar para cubrir la brecha [] No conviene olvidar la guerra fría, estamos rodeados de enemigos.

La conclusión retrospectiva del físico es: “No eran una pandilla de criminales. Más bien nos encontramos ante una combinación letal de ignorancia y corporativismo. La piedra angular [de las autoridades] era: No te destaques. Di sí a todo” (Aleksievich, 2016: 359-60).

El pueblo llano es incapaz también de asumir el desastre, y así un declarante afirma: “Brilla el sol. No se ve humo, ni gases. No se oyen disparos ¿Qué tiene esto de guerra? En cambio nos vemos obligados a convertirnos en refugiados”. “Un mundo conocido convertido en desconocido”, añade Aleksievich (2016: 49).

Por eso, se producían incluso situaciones cómicas:

Según las instrucciones –declara otro *testig*–, los tractores destinados a arar aquellos surcos [para extraer toda la capa de tierra contaminada] debían tener la cabina protegida, herméticamente cerrada [] La cabina en efecto era hermética. [] pero el tractorista se había tumbado en la hierba para descansar. ¿Se ha vuelto usted loco? –le digo–, ¿O no le han dicho nada? ‘Pero ¿no ve que me tapo la cabeza con la chaqueta?’ –me responde– (Aleksievich, 2016: 289).

Y ante el recelo de muchas personas a comprar leche en el mercado, una anciana vendedora decía:

No tengáis miedo, que yo no saco la vaca al campo; yo misma le traigo la hierba”, y otro habitante de la zona cuenta “Salías de la ciudad y a lo largo de la carretera [] veías una vaca paciendo cubierta de un plástico, y a su lado una abuela también envuelta en plástico. No sabías si reír o llorar (Aleksievich, 2016: 286).

Frente a esto, la dura realidad contra natura: “Ahora [] el médico le dice a una mujer acerca de su marido moribundo: ‘¡No se acerque a él! ¡No puede besarlos! ¡Prohibido acariciarlos! Su marido ya no es un ser querido sino un elemento que hay que desactivar’. Y Aleksievich apostilla: “Ante esto, hasta Shakespeare se queda mudo” (Aleksievich, 2016: 55).

El absurdo se había enseñoreado de todo. Los equipos de intervención, con protecciones ridículas, tenían la orden de sacar a los campesinos de sus casas, de impedirles llevarse ninguna de sus pertenencias, de matar a sus animales para que no expandieran también ellos la radiación. Y los campesinos sobornaban con vodka a los soldados para que les permitieran llevarse algunas cosas, otros volvían al cabo de días, por la noche, atravesando los bosques. No querían vivir en ningún otro lugar y se escondían en sus granjas destruidas. Algunos incluso llegaron meses más tarde a repoblar las tierras abandonadas, huyendo de las matanzas étnicas sufridas en otros territorios. “No puedo tenerle miedo a la tierra, al agua –declara uno-. A quien temo es al hombre. Allí, en el mercado, por cien dólares, te puedes comprar una ametralladora” (Aleksievich, 2016: 105). Y surge la extraña libertad de morir a tus anchas: “No necesitamos nada del Estado [] no les pedimos nada. ¡Únicamente que nos dejen en paz! (Aleksievich, 2016: 82).

En semejantes condiciones no es extraño que también proliferaran los bribones y el robo masivo de las ayudas:

No se puede usted imaginar –denuncia una persona–, en qué cantidades se sacaba lo que se mandaba allí como ayudas y compensaciones a sus habitantes: café, carnes ahumadas, jamón, naranjas [] Y los vendedores locales, todos los que controlaban, todos esos funcionarios pequeños y medios, se llenaban los bolsillos. El hombre ha resultado ser peor de lo que creía [] En la vida las cosas más terribles ocurren en silencio y de manera natural (Aleksievich, 2016: 291).

Pero también surgía un heroísmo extremo y poco probable en sociedades que no estuvieran antes programadas para reducir al individuo a eslabón informe de la colmena: Los robots utilizados en el primer momento para apagar el reactor quedaban paralizados de inmediato por la radiación. Y entonces, los robots más fiables eran los soldados, a los que llamaban “robots verdes”. Unos 3.600 soldados pasaron por el techo del reactor destruido (Aleksievich, 2016: 242). Los pilotos de helicóptero que tenían que sobrevolarlo para lanzar bolsas de tierra para apagar el grafito, tenían que asomarse por la ventanilla para acertar en el cráter. Cada uno de ellos, tras cierto tiempo, pagaron su tributo. Como explica un ingeniero, hubo un momento en que se pudo producir

Una explosión termonuclear de hasta tres o cinco megatones. Entonces no sólo hubiera perecido la población de Kiev y de Minsk, sino que no se hubiera podido vivir en una zona enorme de Europa. Y se

impuso la necesidad de soltar el agua de debajo del reactor [] Y los muchachos se tiraron, se zambulleron muchas veces y abrieron aquella compuerta”. [] Esa gente ya no existe. Sólo quedan sus documentos en nuestro museo. [] Pero no lo hicieron por razones materiales [] Nuestra predisposición al sacrificio. En eso no tenemos rival [] Una persona que sacrifica su vida [] no se percibe a sí misma como una personalidad única [] Es la añoranza de un papel [] Aquí de pronto se convierte en el personaje principal (Aleksievich, 2016: 243).

7. El fin del Homo Sovieticus

Omitiendo otros trabajos de la autora, *El fin del Homo Sovieticus* es, en mi opinión, el libro más complejo y de mayor trascendencia sociopolítica de toda su obra. En él, cientos de memorias heterogéneas y hasta antagónicas reconstruyen el adoctrinamiento ideológico y la ingeniería social que el comunismo soviético impuso sobre comunidades y personas durante décadas. Y de cómo su desmoronamiento supuso después la orfandad y el desconcierto incluso para quienes habían sido sus tristes víctimas.

Así, frente a las descripciones lineales que los esquematismos académicos o las crónicas simplistas tienden a dejarnos, aquí se observa por todas partes la paradójica realidad de muchos oprimidos que añoran su cárcel, en parte porque la identifican con su juventud y también porque no pueden zafarse, aun siendo opositores, del patriotismo imperialista, pero también de la solidaridad colectivista, que modeló sus mentes.

Puede que aquello fuera una cárcel –declara un entrevistado–. Pero yo me sentía más a gusto en aquella cárcel de lo que me siento ahora. Nos habíamos habituado a vivir así. Todavía hoy, cuando nos toca hacer cola, nos apelonamos para sentirnos juntos (Aleksievich, 2015a: 127).

Añade uno más: “Nunca fuimos conscientes de la esclavitud en la que vivíamos: aquella esclavitud nos complacía” (Aleksievich, 2015a: 11).

Lo que no significa que la obra sea un reflejo complaciente de toda esa época:

A mamá la arrestaron cuatro meses después de dar a luz, y a mí con ella, porque no podían dejar a una niña de esa edad sola [] [A mis hermanas] las condujeron a un orfanato [] ‘Las llevamos a un lugar donde las educarán como buenas comunistas’ [] No dejaron siquiera la dirección a la que las llevaban (Aleksievich, 2015a: 338).

Otra mujer declara: “Todos nuestros hombres son mártires traumatizados, ya sea porque volvieron de la guerra o de los campos. Del Gulag. [] Ninguna mujer rusa ha podido vivir jamás al lado de un hombre normal” (Aleksievich, 2015a: 288). La maquinaria de ese Estado aceptaba pocas dudas. Por ello un entrevistado comenta:

Las personas con formación humanística no solían ser aceptados en el Partido, nunca se confió en ellas, desde la época de Lenin, el cual escribió que los intelectuales no son el cerebro, sino la mierda de la nación’ [] El partido se nutría de ingenieros, veterinarios, personas cuya profesión estuviera relacionada con las máquinas, la carne o el trigo, no con los seres humanos” (Aleksievich, 2015a: 71).

Un ejecutor del Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos relata:

La aplicación de la muerte exige cierto entrenamiento [] Hasta matar una liebre requiere cierto hábito [] Al término de la jornada el brazo te colgaba como un trozo de cuero. El dedo índice era el que más sufría. Como cualquier otra trabajador de la URSS, nosotros también teníamos una norma que cumplir cada día [] [Pero] El cuerpo no nos daba para satisfacer las expectativas [] Al final se tomó la decisión de que los combatientes fuésemos sometidos a sesiones de masaje dos veces por semana. Nos masajeban el brazo derecho y sobre todo el dedo índice [] porque sobre él recaía la mayor parte del esfuerzo cuando se disparaba (Aleksievich, 2015a: 379).

Pero gentes así no eran una minoría.

Ahora dicen que Stalin fue el único culpable –apunta otro testimonio–. Pero usted eche cuentas, oiga [] Alguien tenía que ocuparse de denunciar a esos millones de zeks, vigilarlos, interrogarlos, trasladarlos bajo vigilancia hasta los campos, dispararles si se les ocurría escapar. Y es evidente que hubo millones de personas dispuestas a hacerlo (Aleksievich, 2015a: 356).

El ansia de libertad, sin embargo, fue creciendo con el tiempo, y los susurros en las cocinas, lo más lejos posible de los terminales de escucha de los teléfonos, fueron alimentando la reacción democrática. Y cuando la Perestroika se desencadenó se demostró que la democracia y el periodismo siempre van de la mano: “los periódicos se convirtieron en nuestra escuela”.

Cada mañana una se encontraba en los vagones de metro montones de personas leyendo sin apartar los ojos del papel [...] Personas que no se conocían de nada se intercambiaban los periódicos al acabar de leerlos. Mi marido y yo estábamos suscritos a una veintena de cabeceras: Nos dejábamos un salario entero en periódicos y revistas. Recuerdo que salía de la oficina a la carrera, ansiosa por llegar a casa, ponerme una bata y tumbarme a leer (Aleksievich, 2015a: 80).

Pero el salto del comunismo a un capitalismo salvaje generó otro cataclismo:

De repente apareció gente muy distinta –explica un declarante–, jóvenes que lucían americanas color carmesí y sortijas de oro, y establecieron nuevas reglas de juego: si tienes dinero eres alguien [] ¿A quién le importaba que hubieras leído a Hegel? La palabra literato sonaba como el diagnóstico de una enfermedad (Aleksievich, 2015a: 26).

Y muchos que habían anhelado el fin de la dictadura “estaban desconcertados. No podían creer que la libertad fuera aquello” (Aleksievich, 2015a: 31). “Especulación le llamábamos antes a lo que [] ahora se le llama hacer negocios” (Aleksievich, 2015a: 361]. Por eso declara otro: “Ahora todos se han convertido en estómagos En panzas que quieren más y más” (Aleksievich, 2015a: 350). A lo que se añade las matanzas étnicas que afloraron por doquier, cuando los ultranacionalismos desplegaron la rabia acumulada contra décadas de intercomunitarismo impuesto.

Y la nostalgia del comunismo se abrió camino, no sólo entre quienes se habían beneficiado de él, sino también entre quienes de manera honesta habían practicado la solidaridad sin diferencias sociales y no podían entender que las opciones vitales se reducían ahora a la miseria más extrema, la bestialidad tribal o amasar fortunas a toda prisa y por cualquier medio. Dicha nostalgia de la dictadura ha llegado a cotas esferpénticas. La propia Aleksievich explica:

Hay decenas de programas televisivos y de portales en internet dedicados a alimentar la nostalgia de los tiempos soviéticos. Los campos de trabajo de Stalin en Solovki y Magadán se han convertido en destinos turísticos. El anuncio de la empresa que organiza los viajes promete que a cada turista se le proporcionará un uniforme de preso y un pico para garantizarle así una experiencia llena de sensaciones genuinas (Aleksievich, 2015a: 19).

Otro llega a decir: “Asesinaron a sabe Dios cuánta gente, pero vivíamos en una época grandiosa” (Aleksievich, 2015a: 391).

Las gentes sencillas que han padecido por igual la opresión o el desprecio en ambos regímenes se identifican con una de las frases de cierre de este monumental recorrido, aun al precio de igualar injustamente diferencias muy profundas: “Nuestra vida bajo el capitalismo es exactamente la misma que teníamos bajo el socialismo” (Aleksievich, 2015a: 638).

8. Indicios del presente en los testimonios del pasado cercano

Cierto tiempo ha pasado desde la publicación de esas *ιστορίες* y nosotros, seres humanos ilusos, podíamos haber llegado a pensar que dichos relatos ya sólo devolvían imágenes fosilizadas, sin más actualidad que los medievales cantares de gesta. Pero la reciente invasión de Ucrania por el ejército ruso, la recomposición del imperialismo totalitario de la despiadada maquinaria soviética (aunque ahora se alimente de desenfrenado consumismo capitalista), el riesgo palpable de destrucción nuclear masiva o las nuevas plagas planetarias ponen de manifiesto enormes paralelismos entre el absurdo doloroso que Aleksievich ha ido testimoniando a lo largo de décadas y el que empieza a reproducirse ante nuestros ojos estupefactos, a tan sólo unas pocas horas de distancia de nuestras vidas.

Por ello, leer ahora sus libros nos ayuda a comprender de manera directa el dicho tradicional de que la historia que se ignora está condenada a repetirse. Deberíamos así haber tenido más en cuenta las advertencias que recogía Aleksievich respecto a las frustraciones y añoranzas de poder que manifestaba el alicaído “*homo sovieticus*”. De su lectura se desprende también que el miedo y el egoísmo del primate biológico permanecen agazapados bajo la civilización aparente del humano postmoderno y tecnovirtualizado, siendo capaz éste de retrotraer su progreso a las miserias físicas y morales que ya creíamos irrepetibles. Deberíamos divulgar y reflexionar mucho más sobre la descarnada descripción de los horrores más cotidianos y profundos de las guerras que ha reportado Aleksievich para prevenir cualquiera de las facilitaciones de su regreso, incluido el pacifismo ingenuo. Pero como ha hecho la autora bielorrusa, no para favorecer el simple espectáculo infantil de las hazañas bélicas y los ingenios militares al que se dedican tantas crónicas de actualidad, sino como explica el historiador de guerras del siglo XX Audoin-Rouzeau (Severnay, 2022: 182), para desterrar la inconsciencia: la inconsciencia respecto a la brutalidad y el desvalimiento de todas las víctimas de cualquiera de los bandos.

Es la conmoción moral que desata el relato personal de los que han visto y sufrido, desprovisto de adornos propagandísticos, lo que puede evitar que perseveremos en la deshumanización. Y aunque ningún periodista o historiador puede detener las guerras con sus relatos, puede al menos ayudarnos a comprender mejor la fragilidad de nuestros buenos sentimientos y los controles que debemos revisar constantemente para mantenerlos.

Aleksievich ofrece un modelo para observar las guerras de ese modo, comprometido además con la aproximación más directa y espontánea posible, no a los acontecimientos externos, sino a lo que les pasa por dentro a los implicados. Y como prueba su Nobel en Literatura, esa crónica genuina no renuncia tampoco a la belleza. Pero no se trata del adorno impostado o las metáforas de salón. Sino de la belleza genuina que surge también en medio de la tragedia, cuando la bondad, el amor y hasta la alegría efímera de un momento de respiro reconfortan los espíritus. Porque como ella misma declara: “Mostrar el horror a través de la belleza es para mí como guiar al lector a través del infierno de Dante” (Luque, 2019).

Finalmente, el retrato del mundo conflictivo que Aleksievich nos entrega es tan realista y carente de dogmatismos que ni siquiera se encierra en conclusiones categóricas o un pesimismo estático. Y del mismo modo que según ella manifiesta, “las memorias son criaturas vivas” y “los documentos evolucionan con el alma humana” (Aleksievich, 2018), no sólo los testimonios de unos testigos pueden ser ampliados y matizados por otros de los mismos o de nuevos declarantes, sino que, en boca de una campesina anciana en “Voces de Chernóbil”, “*la vida puede acabar, pero puede empezar desde el principio*”

(Aleksievich, 2016: 234). Y si la historia del tiempo cercano que nos entrega resulta demoledora y depresiva en gran medida, también recoge las evidencias de renovación y de positividad que brotan en los mismos escenarios.

Aleksievich ha seguido pulsando, en los trabajos que tiene en marcha, la vida de los pueblos del viejo imperio soviético en su nueva configuración, aplicando de manera persistente su método de recopilación de voces dispersas, búsqueda del espíritu que aflora por debajo de las anécdotas y elaboración de un inmenso mosaico en el que se unen periodismo e Historia, transformados en literatura por la fuerza de un relato sin bellezas impostadas o superfluas. Tan sólo atenta a que los hechos estén verificados y las opiniones se hayan expresado con la máxima libertad, gracias al respeto de quien las escuchaba.

Por todo lo anterior, por todo lo que Svetlana Aleksievich nos ha mostrado y ha salvado de la desa-

parición, por la reinención del periodismo que nos propone y por el estímulo que supone para cualquiera de las tres especialidades humanísticas que combina en su obra, resulta plenamente merecedora del Doctorado Honoris Causa que en octubre de 2022 le ha otorgado la Universidad Complutense. Ella es una mujer que ha logrado fundir el periodismo con la literatura y la memoria histórica en una simbiosis cuyas costuras resultan difíciles de detectar de tan naturales como resultan. Y por eso mismo, más que intentar instruir en la repetibilidad literal de su fórmula, lo más útil resulta ser el identificar y transmitir el espíritu humanístico y de compromiso periodístico radical que le alienta. Por ello también, la Academia, desde todos los rincones de sus humanidades y ciencias sociales, se beneficiará de su luz reconociéndola como voz de indispensable escucha para cuantos cultivan los diversos caminos de la explicación suprabioquímica del género humano.

9. Referencias bibliográficas

- Adamovich, A. (1980). *Out of the Fire [Soy de una aldea en llamas]* (v.o. 1975). Progress Publishers.
- Aleksievich, S. (2015a). *El fin del "homo sovieticus"*. Acantilado
- Aleksievich, S. (2015b). *La guerra no tiene rostro de mujer*. DEBATE.
- Aleksievich, S. (2016). *Voces de Chernóbil: crónica del futuro*. DeBolsillo
- Aleksievich, S. (2017). *Los muchachos de zinc: voces soviéticas de la guerra de Afganistán*. DeBolsillo.
- Aleksievich, S. (2018). *In Search of the Free Individual: the History of the Russian-Soviet Soul*. (Ser. Cornell Global Perspective / Distinguished Speaker Series). Cornell University Press.
- Alexievich, S. (s.f.). A Search for the Eternal Man. In *Lieu of Biography. Svetlana Alexievich-Voces from Big Utopia*. <https://bit.ly/3iUQC3h>
- Alter, J. (2017, marzo, 20). Jimmy Breslin and the Lost Voice of the People. *The New Yorker*, <https://bit.ly/3J1VTk9>
- Breslin, J. (1963). *Can't Anybody Play This Game?* Viking Books.
- Capote, T. (1956, octubre, 17). Porgy and Bess in Russia. An America Opera Travels from West Berlin to Leningrad. *The New Yorker*. [Publicado originalmente como serie de artículos en la revista. Se publicó como libro en 1956: *The Muses are Heard* en New York. Random House].
- Capote, T. (1965, septiembre, 17). In Cold Blood. An unspeakable crime in the heartland. *The New Yorker*. [Publicado originalmente como serie de artículos en la revista. Se publicó como libro en 1966 por Penguin Books].
- Espada, A. (2009, enero, 10). Cadáveres con 'copyleft'. *El Mundo*.
- Johnson, M. (1971). *The New Journalism: The Underground Press, the Artists of Nonfiction, and Changes in the Established Media*. University of Kansas Press.
- Kovach, B., & Rosenstiel, T. (2001). *The Elements of Journalism. What People Should Know and the Public Should Expect*. Crown Publishers. [Nueva edición actualizada y ampliada en inglés, 2007].
- Lozano, J. (1987). *El discurso histórico*. Alianza.
- Lucas, A. (2019, octubre, 5). Svetlana Alexiéovich: 'El hombre contemporáneo está pasado de rosca' *El Mundo*. <https://bit.ly/2Olvpz>
- Luque, A. (2019, septiembre, 30). Svetlana Alexievich: 'Mostrar el horror a través de la belleza es para mí como guiar al lector a través del infierno de Dante'. *eldiario.es*. <https://bit.ly/3kr6f2O>
- Orwell, G. (ed. 2007). *La libertad de prensa. Rebelión en la granja* (v.o. 1945). Destino.
- Paíno-Ambrosio, A., Jiménez-Iglesias, L., & Rodríguez-Fidalgo, M.I. (2017). El periodismo inmersivo y transmedia. De leer la historia a vivirla en primera persona. En F.J. Herrero, & C. Mateos (eds.). *Del verbo al bit*. Sociedad Latina de Comunicación Social.
- Pauly, J. (2014). The New Journalism and the Struggle for Interpretation. *Journalism: Theory, Practice & Criticism*, 15 (5), 589-604.
- Pérez-Seijo, S. (2016). Origen y evolución del periodismo inmersivo en el panorama internacional. En J. Rúas-Araújo, V.A. Martínez, M.M. Rodríguez, & I. Puentes-Rivera (coords.). *De los medios y la comunicación de las organizaciones a las redes de valor*. (pp.402-418). Universidad de Loja / Red Internacional de Investigación de Gestión de la Comunicación.
- Rebón, M. (2016). La novela-confesión polifónica de Svetlana Alexiéovich. *Revista de Libros*, 1, abril. <https://bit.ly/3J2a7RV>
- Sánchez Laws, A.L. (2019). *Conceptualizing Immersive Journalism*. Routledge.

- Severnay, D. (2022). Stéphane Audoin-Rouzeau: 'La guerre est l'épreuve de vérité des nos sociétés'. *Revue*, XXI (59), 172-183.
- Sorela, P. (2012). *Dibujando la tormenta*. Alianza.
- Talese, G. (1961). *New York: A Serendipiter's Journey*. Harper and Row.
- Talese, G. (1964). *The Bridge: The Building of the Verrazano-Narrow Bridge*. Bloomsbury USA.
- Vallejo, I. (2020). *El infinito en un junco. La invención de los libros en el mundo antiguo* (v.o. 2019). Siruela.
- Wallace, D.F. (2007). *Hablemos de langostas* (v.o. 2005). Mondadori.
- Wallace, D.F. (2010). *Algo supuestamente divertido que nunca volveré a hacer* (v.o. 1997). Debolsillo.
- Wolfe, T. (1965). *The Kandy-Kolored Tangerine-Flake Streamline Baby*. Picador Books / MacMillan.
- Wolfe, T. (1976). *El nuevo periodismo* (v.o. 1973). Anagrama.

José Luis Dader. Catedrático de Periodismo en el Departamento de Periodismo y Comunicación Global de la Facultad de Ciencias de la Información de la Complutense. Doctor en Periodismo (1980). Especialista en Comunicación Política, Nuevos Movimientos de Profesionalismo Periodístico y Periodismo de Datos. Introdujo el 'periodismo de precisión' o de datos en España mediante la traducción del libro principal del iniciador estadounidense Philip Meyer (1993) y la publicación de su propio libro, *Periodismo de Precisión: La vía socioinformática de descubrir noticias* (1997). ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-7354-5587>